

EL ÉXITO  
EMPRESARIAL CHINO  
Y SUS VÍNCULOS  
CON LA CRIMINALIDAD  
ECONÓMICA EN  
ESPAÑA Y EUROPA



# EL IMPERIO INVISIBLE

JUAN PABLO CARDENAL  
Y HERIBERTO ARAÚJO

★  
CRÍTICA

JUAN PABLO CARDENAL  
Y HERIBERTO ARAÚJO

# EL IMPERIO INVISIBLE

El éxito empresarial chino  
y sus vínculos con la criminalidad  
económica en España y Europa

CRÍTICA  
BARCELONA

1

---

Prato, kilómetro cero

Prato cabía en la Plaza San Francisco aquel el 1 de julio. Ataviados con la *azzurra*, los grupos de jóvenes sonrientes se agrupaban en torno a cervezas y bocadillos de cerdo asado. El sol lucía radiante, recortado sobre el cielo toscano, y el sudor disolvía las banderas *tricolore* pintadas en las mejillas de los adolescentes como gotas de agua sobre una acuarela. Los pratense de mediana edad se mantenían alejados del bullicio, concentrado éste junto a la pantalla instalada a pocos metros de la bella iglesia de San Francisco. Representaban a la burguesía local, a las familias que habían hecho fortuna a base de una extraordinaria capacidad de trabajo y un encomiable espíritu empresarial surgidos en el *dopoguerra*. La vestimenta impoluta y un cierto ademán de arrogancia — en eso, los pratense son muy similares a sus vecinos florentinos— les identificaban. Quizá porque seis siglos cardando lana y tiñendo algodón para venderlos por todo el planeta les han hecho creer que son los mejores en lo que hacen. Palabras mayores en un país —Italia— donde la imagen de uno mismo está estrictamente vinculada a cómo te calzas y te vistes.

En la Plaza San Francisco también cabía aquella tarde la nueva Prato. La que se ha convertido en la capital italiana de la inmigración, superando en 2013 a Brescia en mayor densidad de foráneos por habitante.<sup>1</sup> La encarnaban sobre todo un puñado de ghaneses y rumanos que asegu-

1. «A Prato il record degli stranieri residenti», *Il Tirreno*, 6 de febrero de 2013.

raban el vaivén de comida entre las mesas y las caravanas-cocina instaladas con motivo de la cita futbolística, obligatoriamente en comunidad, porque Italia se jugaba la Eurocopa contra España. En total, no debían de sumar un millar de personas reunidas en el centro histórico de la ciudad, pero aquélla era una interesante muestra demográfica de esta localidad emblemática en la historia industrial textil de Toscana y de Italia. Hubiera sido un grupo mucho más representativo si aquel soleado domingo hubiera habido algún representante de la comunidad que hoy supone alrededor del 15 por ciento de la población local y genera entre el 20 y el 30 por ciento del PIB local: la china.

Sólo de vez en cuando algún asiático solitario o en pareja cruzaba la plaza. Giraba su cuello como un avestruz para observar a la ruidosa y azulada multitud, antes de perderse, impasible, por las calles de fuera de la ciudadela. Se notaba que no tenían ningún interés por el partido ni por la fiesta, más allá de cierta curiosidad por lo folclórico de la estampa.

Prato es, sin embargo, sinónimo de oportunidades para los inmigrantes chinos. Por eso el verdadero núcleo de la ciudad para esta comunidad —aquella tarde, hoy y mañana— se encuentra en el polígono industrial al que los italianos llaman Macrolotto. Es el lugar de referencia para locales y foráneos, en especial los miles de europeos que regularmente recorren cientos de kilómetros por carretera con el objetivo de nutrirse de *pronto moda*, de moda rápida. Prendas fabricadas velozmente y de baja calidad que responden únicamente a la estética de la temporada. Faldas, tops y camisas impersonales, de acabados toscos y fecha de caducidad limitada. Pero baratas y a la moda, lo que las cualifica para surtir modestos tenderetes repartidos en los mercadillos de medio mundo, así como decenas de miles de pequeñas tiendas de ropa de Europa, Canadá, Arabia Saudí o México.

Pero el Macrolotto no es sólo *pronto moda*. Quizá sea más acertado decir que es también *pronto moda*. Porque lo que hace del Macrolotto un lugar de conocimiento obligatorio para todo el que quiera comprender el sector italiano de la costura es que allí se negocia la subcontratación de la confección de buena parte de las prendas «made in Italy» que las grandes marcas luego exponen, orgullosas, en sus boutiques de los Campos Elíseos, la Quinta Avenida o Queen's Road. En naves industriales de unos 700 metros cuadrados repartidas por 150 hectáreas, los interme-

diarios de Diesel, Prada o Inditex encargan la costura de jeans, faldas y americanas. Se acuerdan broches, tallas y calidades. Sobre todo, se regatea hasta el céntimo y se fijan plazos de entrega récord, antes de que las manos de entre 15.000 y 30.000 inmigrantes chinos —parte de ellos indocumentados— compongan las piezas en uno de los 2.600 talleres chinos repartidos por todo Prato que viven de la confección para terceros.<sup>2</sup>

Todo eso convierte a esta ciudad de 190.000 habitantes en un lugar clave en el sistema productivo de la moda «made in Italy». Hay quien cree que es el mayor distrito industrial textil de toda Europa, por delante de Milán, y los inmigrantes asiáticos tienen una gran responsabilidad en ello. «Los chinos son ya parte esencial del “made in Italy”. El rol de sus talleres, activos en el suministro de la filial textil, se ha convertido en fundamental para la competitividad de nuestras marcas», se lee en un informe macroeconómico elaborado ya en 2006 por el Estado italiano.<sup>3</sup>

Una cifra resume probablemente mejor que ninguna la magnitud del aparato productivo textil que ha creado la comunidad china: el millón de prendas que cada día tiñen, cosen, planchan, empaquetan y almacenan sus trabajadores, a la espera del cliente foráneo. O lo que es lo mismo: cuatro faldas, cuatro pantalones y dos pares de camisas por segundo. Un verdadero engranaje manufacturero que en 365 días escupe de sus máquinas de coser algo menos de la mitad de lo que vende anualmente todo el Grupo Inditex —líder mundial del sector, con su firma

2. Nadie es capaz de decir con autoridad el número exacto de inmigrantes de origen chino residente en Prato, cuya población oficial total era de 191.363 habitantes el 30 de junio de 2013, según los datos estadísticos de la municipalidad (<http://statistica.comune.prato.it>). Según esa fuente, los chinos residentes oficialmente serían 15.029 a 31 de diciembre de 2012. Sin embargo, otras fuentes acreditadas como la periodista Silvia Pieraccini, la policía o alguna de las asociaciones chinas de referencia en la ciudad estiman que el número real podría ascender a 30.000 o 40.000, debido a la gran masa de irregulares que trabajan en los talleres textiles.

Ante la imposibilidad de establecer un censo real, a causa de la gran presencia de indocumentados, la policía utiliza estimaciones según el número de máquinas de coser encontradas en los talleres inspeccionados y el consumo de electricidad por parte de las empresas chinas para lograr una estimación de la población residente real.

3. «Presenza cinese in Italia e Sicurezza Economico-Finanziaria. Analisi di un macrofenomeno», Comando Generale della Guardia di Finanza. Ufficio Analisi d'Intelligence. Roma, 28 de septiembre de 2006, p. 120.

estrella Zara— en sus más de 6.000 tiendas repartidas en 86 países.<sup>4</sup> El volumen de negocio real que genera nadie lo sabe con certeza, a causa de la evasión fiscal, pero se estima que por lo menos asciende a 2.000 millones de euros anuales.

El Macrolotto concentra la verdadera esencia de Prato, el alma del pueblo pratese, que desde hace siglos se construye y progresa sobre la base de tres premisas: la industria textil, la iniciativa empresarial familiar y el espíritu comercial. Quizá por ello sorprende que hoy tenga tan poco de italiano, cuando en 2001 las empresas toscanas instaladas allí empleaban a 38.000 personas y facturaron 5.000 millones de euros.

Ya al salir de la autovía que une Florencia con Prato, separadas por apenas 20 kilómetros, los carteles en chino publicitando la venta de ropa aparecen por todas partes. Son nombres poco imaginativos —«Confezione Silvia», «Pronto Moda China»— y siempre van acompañados de los correspondientes ideogramas chinos. La mayoría de veces los pequeños rótulos publicitarios contienen incluso números de teléfono móvil. Porque los 260 negocios chinos del Macrolotto —de un total de 435— jamás detienen la actividad: el distrito textil chino está abierto las 24 horas los 365 días del año. No importa si es Navidad, se celebra la fiesta nacional o si Italia se disputa una final europea con España. Es un gran supermercado de la moda abierto permanentemente donde se vende y se comercia la confección de prendas, un sector dominado en un 90 por ciento por los inmigrantes chinos que comenzaron a llegar hace tres décadas.

«Los chinos empezaron a venir a finales de 1980. Los pioneros venían de Florencia, atraídos por la infraestructura productiva textil de la ciudad», explica Chen Hong Sheng, secretario general de la Asociación de Chinos de Ultramar de Prato. Eran originarios de la provincia china de Zhejiang, como buena parte de los chinos residentes en Europa occidental, y buscaban empleos en los talleres de costura italianos. «Al principio, comenzaron trabajando para los italianos. Eran empleados de los talleres que luego vendían a otras marcas italianas. En los años no-

4. El Grupo Inditex, que incluye todas sus firmas (Zara, Massimo Dutti...), «puso en el mercado» casi 870 millones de prendas en 2012 (869.167.058), según datos facilitados a los autores por el gabinete de comunicación de la empresa. Los datos sobre tiendas y presencia geográfica están tomados de la memoria anual 2012 del grupo.

venta creció mucho la comunidad, pasando de apenas 38 chinos en 1988 a varias decenas de miles», recuerda este sexagenario, entrevistado en la sede de la asociación.

Hasta entonces, el sector de la confección —que los chinos empezaron a copar— había sido relativamente poco dinámico en Prato. El negocio textil existía en la municipalidad desde la Edad Media, empujado por su cercanía a Florencia, uno de los centros comerciales de referencia en todo el Mediterráneo. Pero a lo que se dedican desde entonces los prateses es sobre todo a la producción y manufactura de las telas y los hilos, no a la costura de las prendas. Son expertos en cardar, estofar y teñir, en procesar la lana y las pieles en bruto, en reciclar cientos de millones de trozos (*stracci*) de uniformes de guerra o pantalones pasados de moda hasta conseguir tela de la mejor calidad con la que confeccionar nuevos chaquetones, americanas y bolsos.

El negocio textil de Prato había comenzado en el siglo XIII y había alcanzado su esplendor —a pesar de las sucesivas crisis— en el siglo XVIII y, más recientemente, en el período de posguerra de la segunda guerra mundial.<sup>5</sup> La localidad era un perfecto ejemplo del milagro económico italiano acaecido en los años posteriores al enfrentamiento bélico, inmune a la destrucción de un tercio de todos sus telares y el 80 por ciento de las hilanderas por las bombas, gracias en buena parte a la capacidad de emprender de sus habitantes.<sup>6</sup>

Lo más excepcional es que el modelo triunfador de Prato no se basaba en la existencia de grandes empresas, ni de multinacionales al estilo capitalista anglosajón, que solían cubrir todo el proceso industrial y trabajaban con grandes volúmenes de producción. La economía había progresado históricamente por medio del modelo de negocio doméstico: cada familia estaba muy especializada en una parte concreta de la manufactura, y la suma del trabajo de todas ellas permitía cubrir el ciclo completo de producción, desde la importación de fardos de algodón y pieles a la exportación de las más finas telas, que después eran confeccionadas allende.

5. «Il “caso” Prato», Nigro, Giampiero; en G. Mori (editor), *La Toscana, Storia d'Italia. Le regioni dall'Unità a oggi*. Einaudi, Turín, 1986, p. 825.

6. *Idem.*, p. 830.



A finales de los años cuarenta las familias no dudaban en abandonar sus terrenos agrícolas y endeudarse para comprar un telar que instalaban en parkings, bodegas, habitaciones vacías y cobertizos (los llamados *stanzoni*). Las pesadas máquinas de tejer o las mesas de planchado integraban físicamente el domicilio y se erigían rápidamente en el principal sustento familiar. Era común que todos —padres, hijos, hermanas, cuñados y niños— participaran en largas jornadas de hasta 17 y 18 horas, mientras las chimeneas repartidas por toda la ciudad escupían vapores y humos contaminantes. «Nace sobre la base de un pequeño núcleo inicial, habitualmente una habitación contigua en la casa del artesano», recuerda el profesor de Historia Económica Giampiero Nigro, que subraya que «Prato vivió con particular intensidad el sentimiento de optimismo que caracterizó Italia en los años 1960».

Por medio de esa estructura económica basada en la atomización de toda la cadena de fabricación de la tela —lo que permitía una excepcional flexibilidad en el proceso productivo y un gran ahorro en contribuciones sociales como resultado de la economía informal—, Prato había logrado convertirse en una referencia mundial. En 1981, por ejemplo, exportaba el 56,6 por ciento de todos los productos de lana y piel que Italia vendía al exterior, o el 30 por ciento del total de tejidos sintéticos, en un negocio textil que movía por entonces más de 1.500 millones de las antiguas liras y había convertido a la ciudad en una de las 20 más ricas de toda Italia.<sup>7</sup> Un flujo que todavía hoy sigue siendo muy importante para su supervivencia, ya que mueve 1.200 millones de euros únicamente en exportación de telas, hilos y pieles manufacturadas.

Por tanto, la llegada de los asiáticos en la década de los noventa vino a cubrir un vacío crucial para la diversificación de la economía local dentro del mismo sector textil. A diferencia de otros lugares, los chinos inmigrados no compitieron inicialmente con los locales, sino que se metieron de lleno en el último escalón de la fase de producción: la confección de las piezas. Hasta entonces, Prato era, como hoy, la capital de la fabricación italiana de telas, pero no de la costura, cuyos centros estaban en Nápoles, Florencia y Milán. Ello era así porque la confección requiere abundante mano de obra barata que no era fácil de encontrar por los ín-

7. *Op. cit.*, p. 859.

dices de envejecimiento, la caída de la migración de italianos del sur hacia el norte y los altos salarios de una Italia en bonanza.

Los chinos, sin embargo, trabajaban rápido, eran disciplinados y —sobre todo— no exigían contrato ni integraban los sindicatos. Cobraban a la pieza. Una bicoca para la pequeña y mediana empresa de estructura familiar pratese que, sobre la base del trabajo informal, veía nuevas oportunidades de prosperar produciendo «made in Italy» para empresas europeas más grandes que deslocalizaban producción para reducir costes. «Durante el período de expansión demográfica de la comunidad china el sector se hizo muy lucrativo. La comunidad no creció sólo por el efecto llamada entre los migrantes, sino también por las políticas locales. Por entonces se permitía sin problema a los trabajadores dormir en las fábricas», recuerda Chen.

De esta forma, la capacidad productiva crece rápidamente y los talleres de Prato desplazan a París y San Giuseppe Vesuviano (Nápoles) como gran centro de confección europeo. Se dan dos fenómenos paralelos que apuntalan el distrito de confección de Prato. Por un lado, la región absorbe parte de la producción que las grandes marcas europeas deciden externalizar, pero que no se llevan a Asia porque quieren mantener el sello de calidad «made in Italy». Por otra parte, la explosión del consumo —ligado a una caída de los precios y de la calidad— genera una demanda creciente —que todavía hoy se mantiene— por el *pronto moda*.

Las oportunidades abundan entonces en Prato. Al menos hasta que la entrada de China en la Organización Mundial del Comercio (OMC) cambia las reglas del juego a partir de 2001, ya que la competencia asiática lleva a muchos fabricantes a la disyuntiva de tener que reducir sus costes de producción o cerrar. Por tanto, los emprendedores locales —muy influenciados por la figura del *impanatore*, una especie de agente que no produce, pero que sí controla el proceso productivo y la comercialización de la tela— van echando mano cada vez más de los productores chinos, que comienzan a abrir pequeños talleres irregulares y atraen paulatinamente cuotas de la confección.

«El emprendedor pratese que producía textil a 50 se dio cuenta de que había talleres chinos que lo hacían para él a 20. Él lo vendía a 70, así que se dio cuenta de que si compraba a los chinos ganaba más que

si producía él mismo. Muchísimos productores en Prato han dado trabajo a los chinos. Pero claro, los chinos dieron la voz y vinieron más. Al final, los chinos se dieron cuenta de que aquello que vendían al italiano a 20 lo producían a 10. Y se dijeron: «¿Por qué se lo tenemos que dar al italiano por 20? Podemos ir directamente al cliente final y dárselo a 60, así ya no va más al italiano porque lo vendemos más barato», explica el subinspector Francesco Nannucci, que lleva una década tras los pasos de la criminalidad china en Prato.

Atraída por las oportunidades, la comunidad china crece en pocos años. De 1995 a 2005 se multiplica por siete, según los datos oficiales, que todos los entrevistados coinciden en que no refleja la verdadera cifra de inmigrantes, a causa del alto número de indocumentados. Paulatinamente copan verticalmente el proceso productivo de la confección «made in Italy» en la localidad: estampan telas, cortan patrones, cosen, bordan, respuntean, planchan, empaquetan, almacenan, distribuyen, transportan, negocian y venden. Y lo hacen mucho más barato que sus competidores locales. «Muchos chinos se meten en el negocio. Y pasan de trabajar como empleados a tener su pequeño taller que suministra a terceros. Poco a poco se van haciendo grandes hasta controlar en 2004 el 98 por ciento de todos los negocios de confección textil de Prato», dice Chen.

El problema surge cuando los locales se dan cuenta de que han quedado excluidos de un sector en el que, ni siquiera hoy, se dan situaciones significativas de complementariedad entre lo que produce el pratese y lo que confecciona el empresario chino. Es decir, que el millón de metros de tela que los talleres chinos cosen cada día para transformarlo en *pronto moda* no procede del distrito textil pratese, de los telares toscanos de franela, fibras sintéticas o terciopelos, sino que se importan de China.<sup>8</sup>

8. El 90 por ciento del algodón utilizado procede de China, y el resto de Pakistán y la India. La simbiosis sólo se produce en algunos tejidos muy concretos, y se estima que menos del 10 por ciento del textil utilizado en la moda rápida procede de productores prateses. En los próximos capítulos entenderemos por qué el tejido chino —y muchos otros productos— son tan competitivos, pero cabe apuntar que ello no se debe sólo al bajo coste de producción en China, sino a un sistema fraudulento de importación para evitar el pago del IVA y de los aranceles por parte de los importadores chinos que no sólo distorsiona la competitividad, sino que supone un fraude millonario para las

Y lo importan, en su mayoría, chinos residentes en Italia que, además de hacerse con un producto barato de origen, en ocasiones incluso logran evitar pagar parte de los aranceles y el IVA. La competitividad del «made in Italy by Chinese» deviene imbatible. Con el resultado de que los italianos quedan así fuera de juego del ciclo de generación de riqueza, excepto los que —tentados por el dinero fácil y por la feroz competencia— deciden cerrar sus negocios y alquilar sus naves industriales a los nuevos empresarios chinos. El Macrolotto se convierte en poco tiempo en un lugar de referencia chino.

Uno de los *campeones* de esta selección natural es Hu Yong Zhang. Nos recibe amablemente en la Plaza San Marco, a dos pasos del centro histórico de la ciudad, y enseguida nos invita a subir en su flamante Mercedes clase A blanco. Con gran hospitalidad, nos enseña el corazón del *Chinatown*, que se extiende por la vía Pistoiese, al oeste de la ciudad. «Llegué aquí en 1984. Comencé a estudiar, porque mi familia llevaba tres años instalada. Pero enseguida me puse a trabajar en el restaurante de mis padres. Y en los noventa monté uno de los primeros talleres chinos de Prato», explica este hombre menudo de 43 años, oriundo de Wenzhou, que luce un reloj Hublot y se viste con marcas europeas.

Comenzó como la mayoría, empleando a tres o cuatro ilegales chinos que le cosían los retales. «Poco a poco fuimos subiendo en la escala de valor y desplazando a los italianos. Las telas son siempre importadas de China y algunas de Turquía, eso va en función del cliente», dice, antes de llevarnos a cenar a un elegante restaurante italiano a las afueras de la ciudad.

A la segunda copa de vino, Hu —que reconoce vender a clientes de toda Europa— se suelta la melena. «Aquí los chinos han hecho mucho dinero. Muchos chinos nos podemos pagar un Ferrari. Yo me lo puedo pagar, pero he tenido que vender mi anterior coche porque era demasiado ostentoso. ¿Por qué? Pues porque tenemos que mantener un perfil bajo. Los italianos son unos racistas [esto lo dice en italiano, *razzisti*, como para que el término no pierda potencia en mandarín]. Unos arrogantes. Te miran por encima del hombro y te juzgan por la apariencia»,

---

arcas públicas. Fuente: «L'assedio cinese. Il distretto senza regole degli abiti low cost di Prato», Pieraccini, Silvia. *Il Sole 24*: Milán, 2010, p. 35.

lanza. Razón no le falta. Pero quizá únicamente en lo que se refiere al gran poder adquisitivo de la comunidad china. Probablemente por ello Ferrari haya decidido implantar en Prato su único concesionario de la región toscana, desestimando ciudades de la escala de Florencia.

En lo que se refiere al supuesto racismo de los pratense, que conviven hoy con personas de cien orígenes diversos sin que se haya producido ningún altercado mayor contra la inmigración, Hu opina que se manifiesta en la oleada de controles que la policía ha lanzado contra los talleres y las empresas chinas. «Hay empresarios chinos que no hacen todo como deberían, que no están en la legalidad, pero la policía actúa demasiado contra los chinos. La policía es corrupta. Y luego está el nuevo alcalde [Roberto Cenni]... No es fácil describir la situación actual, porque es compleja, pero él no es bueno», dice.

Poco antes de que Hu pague la cuenta, otro grupo de chinos se acerca al mostrador para abonar el importe de la cena. Lanzan un pequeño fajo de billetes en efectivo y se monta un pequeño incidente: el dueño, italiano, entiende que le han despreciado lanzándole de mala manera el dinero, como si los clientes chinos fueran sus patronos. «¡Si pagarais impuestos no podríais tener esta vida! ¡Impuestos! ¡Pagad los impuestos!», lanza el toscano. En pocos minutos la escena termina, los clientes chinos se van y todo vuelve a la normalidad.

La comunidad china de Prato afirma que el pequeño emporio empresarial que han levantado se ha construido y se sigue expandiendo basándose en la premisa del trabajo duro y la cooperación étnica. Si hoy el distrito chino está compuesto de 4.800 empresas asiáticas, incluyendo las que no integran el sector textil (restaurantes, peluquerías, locutorios y todos los demás servicios que ofrece el *Chinatown* para la comunidad), es porque los chinos se han esforzado más que los italianos, a los que califican sin tapujos de «perezosos». Algunos, como el responsable de la asociación, el sexagenario Chen, admite que ha habido «irregularidades», pero enseguida matiza: «No se pueden deslindar del hecho de que el gobierno local era muy tolerante con el incumplimiento de las normas laborales».

Las autoridades y el empresariado local tienen una visión distinta. Reconocen que el proceso de globalización impide a un productor italia-

no competir con un productor bangladeshí que paga 30 dólares al mes a sus empleados para que cosan en peligrosos talleres apiñados en endebles edificios. Admiten que la liberalización del comercio es la principal causa del cierre de 2.500 empresas autóctonas y la mayor responsable de la pérdida de 20.000 puestos de trabajo en el sector de la manufactura de la tela y las pieles entre 2001 y 2010.<sup>9</sup>

Edoardo Nesi, autor del emotivo libro *La historia de mi gente*, que relata la decadencia del empresariado familiar pratese a partir de su experiencia personal, culpa sobre todo a la globalización y a las marcas, que han sacrificado la calidad de sus productos a cambio de reducir los costes. «Durante años el sistema funcionó para nosotros. Creabas calidad, pagabas y te pagaban en diez días», explica, entrevistado en su nuevo puesto de consejero cultural del consistorio, tras vender la fábrica textil que fundó su abuelo a una multinacional.

Lo que sucedió fue que los chinos entraron en las cuentas subastas organizadas por las marcas que externalizan la producción y que —todos coinciden— son parte indisoluble de la lucha por hacer caer los precios. «El enemigo, a diferencia de checos, ucranianos o rumanos, se adaptaba mejor que nadie», recuerda. Los chinos trabajaban por márgenes imposibles y aceptaban plazos cortísimos, apoyados en una mano de obra a precio de saldo y una red de producción en cascada que se basa en el asociacionismo de varios talleres —siempre chinos— para satisfacer un pedido. El triunfo de los primeros llevó al resto de emprendedores chinos a actuar por ósmosis, recortando cada vez más precios y tiempos. Así se desplazó paulatinamente al productor italiano de escala familiar.

Pero no todo es atribuible a los movimientos macroeconómicos o a las ansias de lucro de las firmas, que aprietan hasta el céntimo cuando, sin embargo, venden sin rubor sus bolsos y cazadoras por miles de euros. Muchos responsabilizan a los chinos de dos cosas: por un lado, haber bajado los precios hasta límites insoportables, desplazando al productor local incluso en los nichos de confección de prendas de calidad. Eso lo han logrado, arguyen, por medio de una ética del trabajo y de la gestión empresarial que roza lo criminal. Por otro lado, les recriminan que no

9. «L'assedio cinese. Il distretto senza regole degli abiti low cost di Prato», Pieraccini, Silvia. *Il Sole 24*: Milán, 2010, p. 10.

inviertan en territorio italiano parte de sus ganancias, aunque sean obtenidas en negro y sin pagar impuestos, para que la riqueza también beneficie a los locales. Algunas fuentes indican que, pese a tener 3.600 empresas dedicadas al textil, sólo un centenar de italianos son empleados en ese sector como personal contratado a tiempo completo por los chinos, como contables o diseñadores.

«La comunidad china es una comunidad que muy a menudo se mueve en los confines de la legalidad, como demuestran nuestras investigaciones. Los controles que hacemos en las naves industriales chinas en Prato evidencian perfiles de ilegalidad en el cien por cien de los casos, vinculados al incumplimiento de la normativa sobre la seguridad en el puesto de trabajo, la inexistencia absoluta de sindicatos, la administración completamente ilegal de las empresas, la violación de las normas tributarias... Ésa es la regla para los chinos, y ése es el “modelo vencedor”, porque luego sus productos no cuestan nada. Pero no cuestan nada no sólo porque la calidad es baja, sino porque los costes de producción en Prato no cuestan nada: el trabajador chino trabaja día y noche, duerme en la nave, come allí, no sale, acepta condiciones laborales higiénicas y de seguridad que jamás aceptaría un italiano... Todos esos costes que las otras empresas tienen no se ven revertidos en el producto final chino. Está claro que una economía que se basa en el incumplimiento de las normas es una economía mucho más competitiva», resume en Florencia el comandante de la Guardia de Finanza Luca Cervi, máximo responsable de la policía fiscal italiana en la región.

Las imágenes captadas por la policía en los talleres chinos dan cuenta de unas condiciones de trabajo y de vida que, en Occidente, son éticamente consideradas como mínimo miserables, además de incumplir las normativas. No hay otro término para referirse a habitaciones sin ventilación ni luz naturales que se utilizan para producir —coser, planchar, bordar—, pero también como lugar donde se come y se duerme. No es improbable encontrar en plena madrugada a una costurera china que maneja su máquina en una mesa donde debajo, en una cama improvisada con cartones, duerme su hijo. O encontrar cientos de insectos enganchados a la estructura de las neveras utilizadas por los peones, puesto que no hay tiempo siquiera para dedicarse a la limpieza y es más pragmático atrapar moscas barnizando de cola los refrigeradores. Las cáma-

ras instaladas en los accesos a las naves permiten a los patronos chinos conocer con antelación la llegada de la policía y ordenar la salida de los ilegales por la puerta de atrás, o simplemente detener la actividad y guardar silencio para simular que la nave está vacía. Son sólo algunos ejemplos que describen una tendencia que, pese a más de 25 años instalados ya en Prato, sigue presente en muchos talleres chinos, como atestiguan los controles policiales.

«Durante años los chinos adquirían las naves industriales y las dividían en zonas: zona para trabajo, cocina y habitaciones. Pero eran ilegales, porque no respetaban las condiciones urbanísticas ni sanitarias. Ahora lo han entendido. Y ¿qué hacen? Han montado tiendas de campaña dentro de las naves que han comprado en Decathlon, y las han instalado dentro de la nave. Como la tienda de campaña no es un implante fijo no es ilegal. De esta forma han encontrado la forma de darle la vuelta a la tortilla. En muchas cosas no han cambiado. Lo que han buscado es adaptarse a nuestros controles», explica el subinspector Nannuci.

Esas condiciones laborales son la punta del iceberg del fenómeno determinante para comprender el éxito chino en Prato: la explotación laboral. Aunque no se puede negar que la historia económica de Prato estuvo vinculada —como hemos visto en el repaso histórico— a un alto índice de informalidad económica, a la precariedad en la contratación o al extendido uso del domicilio como lugar de trabajo en el que instalar el telar o las planchas, el distrito textil chino no sólo aplica hoy condiciones laborales de hace medio siglo, sino que algunos empresarios aplican condiciones inhumanas y que rozan el esclavismo. Ello porque los explotadores son conscientes de la debilidad de los indocumentados, desconocedores de la lengua y la realidad social italiana.

El caso más flagrante y reciente es el de Ma Yan. Un joven trabajador chino empleado en uno de los miles de talleres chinos que decidió romper su silencio y denunciar en marzo de 2013 las condiciones laborales que le imponían sus jefes chinos: un euro de retribución por hora, jornadas de siete de la mañana hasta la una de la madrugada y semanas enteras sin días de descanso. El lugar de trabajo era al mismo tiempo el espacio donde comía, se aseaba y dormía. El único momento de reposo para él y sus connacionales eran las seis horas de sueño en «una cama



asquerosa». <sup>10</sup> «No sabía una sola palabra de italiano, no conocía a nadie. ¿Cómo podía denunciar y a quién?», explica, entrevistado por la prensa, para justificar que su caso sea uno de los pocos que terminan en una denuncia.

Su caso quizá sea extremo, o no. <sup>11</sup> La policía es probablemente la única que ha logrado penetrar en los talleres chinos para documentar con precisión las condiciones de trabajo y vida de estos inmigrantes cuyo origen y recorrido abordaremos en el próximo capítulo. Pero los últimos datos indican que la precariedad y la explotación laboral siguen siendo la primera piedra sobre la que se construye la expansión de los negocios textiles chinos en Prato.

Entre enero de 2012 y junio de 2013 la policía municipal de Prato inspeccionó unas 400 empresas chinas que empleaban a 1.846 trabajadores clandestinos y trabajadores sin contrato —una media por encima de los cuatro empleados irregulares por empresa—, causando una evasión de contribuciones sociales por valor de 22 millones de euros, según datos de la alcaldía. <sup>12</sup> «Si se considera que las empresas inspeccionadas son apenas un sexto del total, se puede estimar la presencia de al menos 10.000 trabajadores en negro empleados en las empresas chinas en Prato, lo que supone una evasión de las contribuciones que superarían, aproximadamente, los 100 millones de euros», explica el asesor local y ex agente de los servicios secretos Aldo Milone.

10. «Il cinese Yan rompe l'omertà: sfruttato dai miei connazionali», *Il Corriere della Sera*, 8 de marzo de 2013.

11. Un estudio del Centro de Investigación y Servicio para la Inmigración de Prato revela, por ejemplo, cómo los empresarios chinos han utilizado las amnistías y las regularizaciones masivas de inmigrantes del Gobierno italiano para ganar dinero, por medio de una mayor explotación. Así, por ejemplo, el 80 por ciento de los inmigrantes chinos que en 2002 quisieron regularizarse admitían tener que trabajar gratuitamente para pagar al empresario la regularización. El 70 por ciento aseguraba que tenía que abonar las contribuciones que correspondían al empleador. Un 5 por ciento aseguró que su jefe le había incautado el pasaporte. Fuente: *Ombre cinesi? Dinamiche migratorie Della diaspora cinese in Italia*, Ceccagno, Antonella y Rastrelli, Renzo. Caccoci: Roma, 2008, p. 98.

12. «Milioni di euro di evasione contributiva dai lavoratori cinesi a nero», Comunicado de la alcaldía de Prato del 10 de julio de 2013. (<http://comunicati.comune.prato.it/generali/?action=dettaglio&comunicato=14201300001020>).

Fuera del núcleo policial, quien mejor ha reconstruido la cascada de ilegalidades es la periodista Silvia Pieraccini, en un libro de investigación *L'assedio cinese* (El asedio chino), que utiliza datos, estadísticas y entrevistas para explicar cómo los chinos han logrado crear lo que ella llama «un distrito sin reglas» en Prato. «En la moda rápida y los talleres orientales no sólo se trabaja, si es necesario, hasta 16-18 horas al día, incluso sábados y domingos, sino que se pueden obtener velozmente “refuerzos” en caso de pedidos urgentes» que vienen de Nápoles, Milán o Roma, escribe la corresponsal en Prato del diario *Il Sole 24 Ore*.

La imposición de ritmos de trabajo extenuantes por sueldos de miseria, que se sitúan entre los 600 y 700 euros brutos<sup>13</sup> para los trabajadores rasos, desemboca en una fabulosa productividad para las empresas chinas. «Ningún distrito, ni siquiera en el pasado, tenía la capacidad de obtener tales niveles de productividad, inalcanzables para los empresarios italianos», indica un estudio de la Universidad de Florencia, basado en el estudio de 35 empresas textiles chinas, que subraya la diferencia de 30 puntos entre empresas chinas e italianas (42,7 y 73,2 por ciento, respectivamente) en el coste del trabajo por unidad de producción, un dato clave en un sector tan intensivo en mano de obra como el textil.

Incluso las empresas chinas que, con el paso de los años, deciden regularizar la situación de sus empleados sólo lo hacen parcialmente. Los datos que presenta la periodista indican que es más una voluntad de aplicar un mínimo de legalidad con el fin de escapar a los controles, en lugar de querer operar en toda regla. Pieraccini explica que el 71 por ciento de los nuevos contratos firmados en el período 2007-2009 por ciuda-

13. El subinspector Nannucci aporta una anécdota para comprender que lo declarado no siempre es lo que se cobra:

Hace años hicimos una investigación por inmigración clandestina e interrogamos a un dependiente de una tienda. Le pedimos la hoja de salario y nos la trajo. Parecía impecable. Cobraba 850 euros netos, según el documento. Pero él era pagado en efectivo, y ahí es cuando nos dijo que en realidad le pagaban 500 euros, porque el resto se lo daba al jefe para que abonara los impuestos. Es decir, incluso cuando la situación era regular el empleador ganaba 350 euros. Es obvio que con estos gastos y cuentas es fácil competir y convertir un coste de producción de 50 a 10, porque no tiene todos los costes que tiene el emprendedor italiano. Eso ha hecho colapsar la economía.

danos chinos son a tiempo parcial, mientras que entre 2001 y 2006 eran sólo el 37,9 por ciento. «¿A qué se debe este vuelco?», se pregunta, entrevistada en Prato en la primavera de 2013. ¿Acaso los empresarios chinos habían decidido poner fin al trabajo en negro?

Inicialmente, los empresarios hacían contratos de jornada completa, para luego declarar que eran muy pocas las horas que empleaban a sus trabajadores. El Gobierno, sin embargo, les imponía contribuciones según la media, que son 40 horas semanales y 26 días al mes. En consecuencia, «los chinos se han lanzado en masa al tiempo parcial, que no sólo prevé contribuciones reducidas, sino que, en caso de controles, comporta la aplicación de sanciones más bajas. La población más productiva del mundo, habituada a ritmos de trabajo y turnos extenuantes, oficialmente trabaja en Prato sólo unas pocas horas al día», relata Pieraccini. Por si fuera poco, esos contratos raramente van más allá de los ocho meses de duración y sólo un 1 por ciento es renovado, en comparación con el 15 por ciento en las empresas italianas.<sup>14</sup>

Otra de las técnicas utilizadas por el empresariado chino es la imposición de la firma de una carta de renuncia —sin fechar y en blanco— al mismo tiempo que el trabajador suscribe un contrato indefinido. De esta forma se evita cualquier exigencia por parte del trabajador, puesto que su garantía —el contrato— queda invalidado al mismo tiempo en que lo firma. De ello se percataron las autoridades después de que, como explica Simone Cappelli, del servicio de orientación y trabajo en la provincia de Prato, «en el 99,99 por ciento de los casos la interrupción del trabajo se produce por dimisión del empleado chino, incluso cuando la empresa cierra o entra en quiebra».

Esos datos no sólo confirman la gran rotación de personal que, como en las fábricas textiles o jugueteras de Shenzhen o Wenzhou, acaece en Prato, sino que reflejan otra tendencia más preocupante: la altísima precariedad y debilidad del sector manufacturero chino en Prato, expresado no en la falta de un floreciente negocio que mueve miles de millones de euros, sino en una carente voluntad de invertir a largo plazo. La falta de trabajo estructural es en efecto el reflejo de una visión

14. «L'assedio cinese. Il distretto senza regole degli abiti low cost di Prato», Pieraccini, Silvia. *Il Sole 24*: Milán, 2010, p. 20-21.

cortoplacista enfocada a hacer dinero: tanto como sea posible y, en ocasiones, sin importar el cómo.

Roberto Cenni reconoce que ese discurso ha calado en la población y eso le sirvió para convertirse en alcalde en 2009, en unas elecciones históricas porque la derecha ganó en Prato «después de 63 años de mandato del centro-izquierda». «Se tenía la sensación entre la población de un tratamiento demasiado superficial por parte de las autoridades respecto a la gravedad del problema de la ilegalidad del distrito chino», explica, entrevistado en la sala principal del consistorio, este hombre que se presentó como candidato libre y fue aupado al poder por el partido de Silvio Berlusconi y la Liga Norte.

Desde su llegada, los controles a las empresas chinas «han aumentado de 150 a 400 al año», al tiempo que ha propuesto un mayor diálogo con la comunidad para fomentar una mayor integración. Pero quizá lo más importante —opina— haya sido impulsar «investigaciones más profundas» dentro del siempre «opaco y cerrado» sistema empresarial y comunitario chino. Es decir, que en lugar de denunciar al que utiliza trabajadores indocumentados o vende sin factura, los diferentes cuerpos policiales se coordinan durante meses para desgranar la madeja de ilegalidades y tener argumentos para bloquear por completo el apartado productivo. En especial después de que la crisis económica en Italia haya sensibilizado a los políticos locales ante la evasión fiscal, que en el caso de las empresas chinas en Prato alcanzaría un 50 por ciento del total facturado. Es decir, al menos mil millones de euros anuales de *pronto moda* se comercian en negro, según el asesor Milone, que fundamenta su aseveración en un estudio basado en los datos de 357 investigaciones sobre los empresarios chinos que evaden impuestos comunales, regionales y nacionales.<sup>15</sup>

En la Unión Industrial Pratese, la asociación que agrupa a los emprendedores de referencia no sólo por su capacidad productiva, sino también por el seguimiento de las normas, escuece una situación de irregularidad china, que su presidente, Andrea Cevicchi, califica de «injusticia».

«El flujo de dinero es realmente grandísimo y supone un empobrecimiento de nuestro territorio. Se vive como una injusticia, porque al-

15. «Prato, la marcia degli evasori cinesi», *Il Sole 24 Ore*, 10 de julio de 2013.

gunos se pueden permitir trabajar en la irregularidad, no pagar los impuestos... y otros tenemos muchos controles y nos cuesta tener beneficios. Además, hay poca interacción entre los productores textiles. Podría ser un futuro interesante que las empresas chinas cosieran el textil que aquí producimos, pero el primer paso importante sería que las empresas chinas se pusieran en regla, que fueran totalmente legales», explica este emprendedor que se dedica a la búsqueda de nuevos tejidos.

Por el momento son sólo dos las empresas chinas que han decidido dar el paso hacia la legalidad y se han sumado a la Unión Industrial. «Son dos gotas en el mar. Es muy poco. Hay sin embargo una voluntad de algunos chinos de ponerse en regla, porque para trabajar con grandes grupos como Zara o H&M se deben certificar estas empresas. Y eso implica dar un salto de calidad. Desde la Unión estamos buscando marginar a las empresas no regulares.»

El hecho de que la producción y la venta de *pronto moda* se haga en un plazo de tiempo brevísimo, que puede durar apenas dos o tres días desde que la tela se corta y el cliente se la lleva en una furgoneta a Europa del Este o España en forma de pantalón o camisa, permite la existencia de esa inmensa economía subterránea que se nutre de dinero en efectivo y que —como veremos en la última parte de este libro— es masivamente blanqueada y enviada a China desde dentro de la propia comunidad por medio de distintos mecanismos.

Esto provoca, por ejemplo, la proliferación de la criminalidad marroquí contra los ciudadanos chinos, vinculada al manejo de altas cantidades de efectivo en las transacciones por varios miles de euros en el Macrolotto a altas horas de la madrugada. «Nuestras unidades móviles encuentran entre 40.000 y 70.000 euros en efectivo dos o tres veces por semana en coches conducidos en la ciudad por chinos. El dinero en efectivo es un problema importante para nosotros, porque puede ser el fruto de evasión fiscal o de blanqueo de dinero. Muchas veces las dos cosas están vinculadas. Pero además los lugares donde se mueve tanto dinero en efectivo son lugares que atraen mucho al crimen organizado», concluye el investigador Nannucci. Pero lo que más preocupa, sin duda, es que ese «distrito sin reglas» ha logrado sobresalir sin jugar con las normas existentes, como explica el alcalde.